

## Nota de la autora

La identidad de las madres que aparecen citadas en *Cómo aman las madres* es confidencial, de ahí que haya adoptado el siguiente sistema para referirme a ellas y a sus familias:

**O** indica el nombre de un hijo varón.

**A** indica el nombre de una hija.

**P** indica el nombre del padre.

**M** indica el nombre de la madre.

Las citas suelen aparecer ordenadas según la edad de los niños, de mayor a menor. Cuando una madre tiene dos o más hijos, la cita suele referirse al bebé más pequeño. De vez en cuando es razonable cambiar el orden, si la madre está recordando algún acontecimiento de tiempo atrás.

A la hora de emplear los pronombres personales es importante hacer una distinción clara entre madre y bebé. Ello puede resultar confuso, si ambas son mujeres. De modo que, disculpándome con las niñas, he utilizado el masculino para referirme de manera general a niños y bebés de cualquier sexo.

La voz «madre» se refiere, por lo general, a la persona que gesta al bebé, que lo da a luz y que posteriormente cuida de él. Esto último no siempre lo hace sólo la madre. Padres y abuelas, en especial, pueden ser quienes se ocupen principalmente de los

niños durante el día. Si los padres se divorcian y vuelven a contraer matrimonio, tal vez se alternen con los padrastros en el cuidado de los hijos. Puede haber madres adoptivas, además de biológicas. Cuando una persona no profesional sustituye a la madre o se turna con ella, la descripción de lo que hacen las madres o de cómo aman las madres puede aplicarse por igual a dichas personas. Sería farragoso repetir constantemente: «Las madres u otros familiares responsables del cuidado del niño...» Sirva esta nota, pues, como recordatorio general de que los comentarios sobre las madres pueden hacerse extensivos a otros allegados que se ocupen de los niños.

## Introducción

Sólo los bebés conocen el secreto de cómo aman las madres. Miran fijamente nuestros rostros y ven los múltiples matices de nuestras expresiones más íntimas. Nunca veremos nuestras caras como las ven ellos. Es extraño que todos hayamos sido bebés y que sin embargo muy pocos sean capaces de recordar lo que vieron y sintieron entonces.

*Cómo aman las madres* es un intento de redescubrir parte de nuestro saber más temprano. Ello resulta especialmente importante hoy día. El término «madre» está siendo reemplazado rápidamente por el de «progenitora», y también por el de «cuidadora». No cabe duda, sin embargo, de que el cariño que las madres dan a sus bebés es insustituible.

Una cuestión interesante es quién enseña a amar a quién. Puede parecer que los bebés nos inspiran, que nos guían y son nuestros maestros. Pero quizá los bebés no se sientan tan omniscientes. Así pues, tal vez el amor sea una misteriosa alquimia que prende entre madre y bebé, y una aventura compartida por ambos.

Los niños necesitan el cariño de sus madres. Ellas, por lo general, quieren dárselo. A menudo no son conscientes de hasta qué punto se lo dan. La gente habla a veces como si el cariño de una madre equivaliera únicamente a su «sentimiento» amoroso. El sentimiento de cariño de una madre puede ser abrumador.

Sin embargo, una madre invierte gran parte de su tiempo en quehaceres prácticos. En esos momentos adopta un papel diferente. Puede que no sea consciente de sentir amor cuando, por ejemplo, se despierta del sueño que le es tan necesario porque su bebé está llorando y la necesita. Por suerte, el bebé parece percibir el cariño esencial de su madre a través de sus actos. De ese modo sabe que lo ama.

Si una madre no siempre es consciente de sus sentimientos, ¿cómo puede saber si está actuando con cariño esencial? El amor de una madre se traduce en una especie de constante diálogo con su pequeño. Mucho antes de que el niño pueda hablar, se da entre ellos una «conversación» en la que intercambian preguntas y respuestas.

*Cómo aman las madres* es un estudio de los diálogos que surgen en el transcurso de todos esos gestos repetitivos y cotidianos que las madres acaban por conocer tan bien. No pretende abundar en actos de comunicación extraordinarios como, por ejemplo, cuando las madres parecen estar en contacto telepático con sus hijos. Hay otras publicaciones que se ocupan de esos temas.

Así pues, *Cómo aman las madres* es un estudio aproximativo acerca de los gestos de cariño de las madres. Me alegró comprobar que otra madre se había interesado por este tema antes que yo. «El cariño materno no sirve de gran cosa si no es “en acción”», escribió Prudence Bradish en 1919, al final de su libro *Mother-Love in Action* [El amor materno en acción].

Si bien se ha señalado (en *La científicación del amor*, de Michel Odent, por ejemplo) que una mujer que acaba de dar a luz está llena de oxitocina, lo que la ayuda a sentir amor, dicha hormona no tiene poder para inducirla al gesto amoroso. De modo parecido, las investigaciones han demostrado que el cerebro de una madre primeriza evoluciona. Es el potencial del cerebro.

Pero nuestras neuronas no pueden forzarnos a actuar de modo maternal. Convertirse en una madre cariñosa no es el resultado inevitable de tener un bebé, ni de verse inundada de oxitocina, ni de los cambios que se operan en el cerebro. Sólo nosotras podemos hacer que nuestro amor sea una realidad.

Dar cariño exige valentía, porque no hay reciprocidad garantizada. Una madre espera sin duda que su amor ayude a su hijo a cobrar conciencia de lo mejor de sí mismo. Puede que así sea. Y, sin embargo, ni siquiera su amor puede obrar ese efecto. Es el hijo quien elige en qué clase de persona va a convertirse. Una madre no puede ofrecer sus afectos a cambio de una retribución concreta. Si tiene la valentía de dar cariño es porque quiere dar lo mejor de sí misma, y eso es el amor.

Puede verse asimismo que el cariño de una madre por su hijo es distinto al que siente por su marido o su pareja. Los adultos tienen experiencia y, en ese sentido, se hallan en igualdad de condiciones. Dos adultos pueden discutir acaloradamente y luego reconciliarse. Un recién nacido carece de experiencia y es extremadamente delicado. Se necesita, por tanto, un cariño muy distinto.

Al principio, un recién nacido es como un invitado. Cada vez que una madre trata a su bebé con amabilidad, lo mismo que cuando ofrece su hospitalidad a un invitado, está creando un momento de deleite. El momento pasa, pero el deleite queda. Se convierte en un recuerdo capaz de apuntalar la incipiente relación entre madre e hijo.

La relación afectiva que crea la madre con cada uno de sus hijos es una parte esencial del ser madre. La creación de esas relaciones es el milagro que las madres obran constantemente a nuestro alrededor. No hay madre perfecta. Y, sin embargo, en su conjunto las madres trabajan para enseñar a una nueva generación a relacionarse con los demás. Es un logro de capital impor-

tancia y alcance global. Algunas son madres a tiempo completo; otras trabajan fuera de casa, media jornada o jornada completa. El deseo de establecer un vínculo con sus bebés parece, sin embargo, común a todas ellas. Las madres a tiempo completo tienen más oportunidades de hacerlo. Pero, pese a todo, muchas madres con poco tiempo libre se relacionan intensamente con sus hijos.

No se sabe lo suficiente acerca de cómo crean las madres esas primeras relaciones afectivas. Quizá cueste creerlo, teniendo en cuenta lo mucho que se ha investigado para intentar averiguarlo. Los investigadores tienden a medir comportamientos de fácil cuantificación. Pero las parejas madre-bebé se relacionan de manera compleja e inteligente. Puede que los parámetros que manejan los investigadores no consigan captar las señales expresivas que se dan entre ellos.

Incluso cuando visitan las casas de las madres, los investigadores montan situaciones que pueden convertirse en artificiales. Eso fue lo que descubrió Monika Abels en el curso de un ambicioso proyecto para entrevistar a madres de la región india de Guyarat con sus bebés. Se les dijo a las madres: «Jueguen con sus bebés como suelen hacerlo». Pero no estaban muy seguras de qué significaba eso.<sup>1</sup> Yo tampoco lo habría sabido si me lo hubieran pedido. No creo que nunca me sentara expresamente a jugar con mis hijos. El juego surgía de improviso, durante nuestras actividades cotidianas.

Pese a ello, cada vez que se publican las conclusiones de una investigación, las madres se muestran impresionadas. He oído a algunas conceder más crédito a los resultados científicos que a su propio entendimiento.

Puede que se sientan intimidadas porque su conocimiento suele tildarse de «anecdótico» o «subjetivo». Y, sin embargo, si uno presta atención, a menudo actúan con criterio científico, en

el sentido de que formulan constantemente hipótesis que después ponen a prueba con el fin de obtener información. Las madres son fenomenólogas natas, aunque muchas no usarían ese término para describirse a sí mismas. La fenomenología es el intento de comprender nuestra experiencia mediante una observación clara y desprovista de prejuicios.

Las madres practican la fenomenología cuando intentan comprender por qué los bebés se comportan como lo hacen. Se estudian a sí mismas como parte de la interacción y se preguntan en qué medida sus actos afectan a sus bebés. Puede verse, por ejemplo, a una madre acurrucando primero a su bebé lloroso y después dándole un baño. Las respuestas del pequeño pueden analizarse, pero no explicarse si se prescinde del pensamiento lógico de la madre.

Al principio, la madre comienza con un íntimo aluvión de preguntas. ¿Por qué llora su bebé? ¿Está enfermo? ¿Le duele algo? Sopesa diversas posibilidades. Luego se pregunta, quizá, si las actividades de ese día no habrán supuesto un estímulo excesivo para él. Sí, esa posibilidad encajaría con el nivel de llanto que escucha. (Lo cual se basa también en la experiencia, en gran medida.) A continuación, puede articular una hipótesis informal: «Voy a probar a darte un baño. Si estás sobrestimulado, podrás relajarte y te calmarás. Así sabré que no estás enfermo». Aunque probablemente la madre dudaría de sí misma, creo que un científico puro al estilo de Einstein habría aprobado su hipótesis y su modo de probarla. Einstein insistía en lo importante que era formularse preguntas sencillas como las de un niño y no dar nada por sentado.

Las madres ocupan una posición privilegiada. Quienes las contemplan desde fuera no pueden percibir todos los matices expresivos de los gestos que intercambian con sus bebés. Las madres tienen reservas de información de las que apenas son cons-

cientes. Podrían enseñar mucho a los investigadores acerca de cómo aman.

Cuando los investigadores ponen en marcha un proyecto, por lo general buscan dar respuesta a preguntas concretas. Cabe la posibilidad, sin embargo, de abordar a las madres de otra manera. Se las puede escuchar sin un programa específico. Es cierto que un observador de esas características debe crear una atmósfera de trabajo propia que afectará a lo que digan las madres. Es inevitable. Pero, aparte de esta salvedad, la riqueza de datos a la que puede acceder es inmensa.

¿Qué ocurre cuando un observador, poniendo en práctica una disciplina que aún no tiene nombre, no pretende investigar sino facilitar el debate entre madres? Al principio, la amplitud y la naturaleza fragmentaria de la experiencia maternal puede resultar abrumadora. Las madres se comunican tanto verbalmente como a través de sus actos. El observador establecerá un vínculo entre las primeras impresiones y las explicaciones al uso. Pero, más adelante, puede hallarse perplejo o incluso falto de explicaciones. Después de eso, si persevera, consigue aprender, y lo que aprende es algo nuevo.

Desde 1991 vengo celebrando reuniones semanales de debate para madres. Se llaman *Mothers Talking* [Hablan las madres]. A menudo tengo dos grupos que se reúnen en distintos sitios. Nos sentamos en círculo, con los niños y los juguetes en medio (los bebés son bienvenidos hasta que cumplen la edad en que pueden entender lo que dicen las madres). Pregunto a cada madre qué tal le ha ido la semana. El debate surge de inmediato, porque las madres tienen muchas cosas en la cabeza.

Estas conversaciones son para que las madres compartan sus experiencias. Mi objetivo no es investigar. Me centro en repartir el tiempo equitativamente entre ellas y en asegurarme de que las cuestiones que surgen estén abiertas al debate en grupo. Nunca

he grabado en vídeo o audio una reunión, ni elaborado mis anotaciones con posterioridad. Eso desvirtuaría el propósito y el sentir general de la discusión.

Espero con impaciencia estos encuentros porque para mí también son momentos especiales de la semana, y ello contribuye probablemente a que la conversación se tiña de cierta emoción. Sólo a posteriori soy capaz de valorar cuánto he aprendido. Después, mientras recojo las tazas o espero el autobús, me vienen a la cabeza algunos comentarios. Pueden parecer bastante triviales, pero estoy deseando transcribirlos mientras todavía recuerdo las palabras exactas. Las madres hacen observaciones que me recuerdan las minúsculas piezas de un rompecabezas. Suenan cargadas de sentido, como fragmentos de un cuadro inmenso. Pero, en este caso, el rompecabezas no tiene caja en cuya tapa aparezca la escena acabada. Puede que nunca haya tal escena. Y, pese a todo, tras mucho escuchar, pueden reconocerse fragmentos que encajan unos con otros formando un pequeño dibujo. De este modo empieza a aflorar un cuadro más grande y borroso.

Durante mucho tiempo este cuadro no tuvo marco. La idea de convertirlo en una indagación sobre el cariño materno es muy reciente. Ahora parece obvia. Me ha permitido reflexionar sobre mi propia experiencia como madre de tres hijos y abuela de dos nietos. He contado, además, con la experiencia acumulada durante más de veinte años de reuniones de La Leche League [La Liga de la Leche] y Hablan las madres. Soy psicoterapeuta, y a mi consulta acuden madres solas o en pareja. Leo mucho, por otra parte. Un tema tan fundamental como éste requiere una intensa reflexión. En *Cómo aman las madres* todo ha pasado por un largo proceso de cuestionamiento.

A modo de ejemplo, las madres en situación de baja maternal hablan a menudo de lo cansadas que están. Muchas personas

lo atribuyen a la interrupción del descanso y la falta de sueño. Yo no creo que ésa sea la única explicación. Cuando reparamos en lo pendientes que están las madres de sus bebés de noche y de día, quizá nos asombre que no estén aún más cansadas.

¿Hay algún modo de descubrir si la validez de las pequeñas estampas que he podido observar trasciende el ámbito de esa minúscula muestra de madres con las que me reúno? Una buena forma de comprobarlo es preguntarse si las madres de distintas partes del mundo reconocen el «cuadro» que he esbozado. Así fue en el caso de mi primer libro. Las madres han hablado de ello en numerosos «blogs» cuyos comentarios no me tenían a mí por destinataria. Otras me han hecho llegar correos electrónicos de casi todas las partes del mundo. Cuentan que su experiencia se corresponde en gran medida con la de las madres citadas en *Lo que hacen las madres* (Edic. Urano, Barcelona, 2005). Un ejemplo elocuente es el de Joni Nichols, una «doula» mexicana con larga experiencia, que escribió en una revista: «Al leer las palabras de las mujeres citadas en el libro (*Lo que hacen las madres*) las oía expresar su confusión, su incertidumbre, su pasmo, su dolor y sus reflexiones con el cadencioso acento de los centenares de mujeres mexicanas y latinoamericanas con las que trabajo».<sup>2</sup>

Será interesante comprobar si estos libros resisten la «prueba del tiempo». Confío en que *Lo que hacen las madres* y ahora *Cómo aman las madres* sigan «hablando» a las madres. Confío, además, en que animen a más madres a confiar en su propia experiencia y a escribir acerca de ella.

Me han preguntado en qué se diferencia la presente obra de mi libro anterior. Ambos libros surgieron de mis conversaciones con madres. Pero después de publicar *Lo que hacen las madres*, me di cuenta de que había más cosas que decir. Los dos libros son independientes y pueden leerse por separado. No repetiré aquí,

por ejemplo, mis reflexiones acerca de la ambivalencia del amor materno, que pueden encontrarse en el capítulo 9 de *Lo que hacen las madres* bajo el título «¿Qué es el amor materno?».

Ninguno de los dos libros pretende ser un manual de instrucciones. *Lo que hacen las madres* no dice a las madres lo que deben hacer, del mismo modo que *Cómo aman las madres* no les dice cómo deben amar. En el primero invitaba a las lectoras a ponerse en contacto conmigo si encontraban algún consejo acerca del ejercicio de la maternidad. Ninguna lo ha hecho. En este libro, si bien no doy ningún consejo sobre cómo deben amar las madres, he aprovechado el último capítulo para sugerir un modo en que las madres podrían cooperar con el fin de encontrar una voz maternal más fuerte.

*Cómo aman las madres* es un cuadro general orientativo. Ninguna de nosotras encaja perfectamente en él, pero aun así creo que es útil mirarlo. Hasta donde sabemos, muy pocos de sus rasgos son novedosos. Las madres parecen haber desempeñado durante milenios la tarea de escuchar y responder a sus hijos. Individualmente, no hay duda de que todas podemos fracasar. Pero nuestra capacidad colectiva para crear relaciones afectivas con nuestros hijos es esencial para la supervivencia y la continuidad de la vida civilizada.

Me preocupa oír que la gente utiliza expresiones como «salud emocional» o «salud mental» cuando habla de cómo se relaciona una madre con su bebé. Hablar de la «salud emocional» o la «salud mental» de una madre suele llevar aparejado un juicio de valor acerca de su comportamiento. Lo que se pregunta es si la conducta de la madre ayuda al desarrollo personal de su bebé o lo dificulta. El problema es que este lenguaje tiende a desconcertar y a desorientar a las madres, induciéndolas a creer que han recibido un verdadero diagnóstico y que necesitan la ayuda de un médico para recuperar su «salud». Sé que términos como «sa-

lud mental» se utilizan mucho, pero a la hora de escribir acerca de madres y bebés prefiero utilizar un lenguaje sencillo.

*Cómo aman las madres* está dividido en 15 capítulos que tratan aspectos diversos del amor de una madre e incluyen temas recurrentes en las conversaciones de las madres. Hay muchas cosas que tener en cuenta; la posición de las madres se halla en un flujo constante, y hay mucho más que decir de lo que cabe en un solo libro.

Me he empapado de conversaciones maternas. He utilizado extractos de debates para ilustrar mis reflexiones y, aunque puede que al principio parezcan elegidos al azar, quiero dejar claro, no obstante, que sólo he seleccionado enunciados que resultaran típicos. No suelen ser historias dramáticas ni relatos de situaciones excepcionales. No es eso lo que busco. Presto más bien oídos a las declaraciones absolutamente corrientes y más características.

Empezaré por el principio, que es también el meollo mismo del ser madre. Cabría esperar que el amor se manifestara desde el comienzo. Pero, por el contrario, las madres parecen empezar «haciendo sitio».

# 1

## Hacer sitio en el corazón

Ni siquiera las propias madres son conscientes de lo mucho que hacen.

Estoy exhausta y siento como si tuviera que hacer con mi tiempo algo más que ser sólo la madre de O. Pero no tengo ganas de verme con nadie, como si no tuviera nada valioso que decirle a ninguna de mis amigas. (O, 8 meses)

¿De veras dijo «ser sólo la madre de mi hijo»? Su hijo estaba muy atareado intentando levantarse. Acalorado por la emoción, se agarraba a un gran cojín. Su madre estaba hablando para otras madres sentadas en círculo y parecía absorta en la conversación. De pronto, sin embargo, estiró el brazo para sujetar a su hijo. En efecto, el bebé estaba a punto de caer de bruces sobre la alfombra. La madre esperó a que recuperara el equilibrio y luego apartó la mano.

Esto describe aproximadamente un minuto de su jornada. Estaba atenta a su hijo, ofreciéndole la ayuda que necesitaba en su proporción exacta. También le estaba transmitiendo que, mientras hablaba, seguía pendiente de él. Sin embargo, ninguna de

nosotras le dio importancia. Yo misma tardé un rato en darme cuenta de lo que había dicho. No es de extrañar, por tanto, que pensara que «debería sacarle más partido a mi tiempo».

¿Qué importancia tiene este gesto tan nimio? Formaba parte de un diálogo en marcha, de los que suelen mantener muchas madres con sus hijos. El hijo no se habría atrevido a aventurarse tanto sin saber que su madre estaba velando por él. Este tipo de entendimiento no tiene por qué ser perfecto. Puede que ambos malinterpreten en ocasiones los gestos del otro. Pero, en conjunto, funciona. Sus signos quizá no sean visibles para quienes los contemplan desde fuera. Y, sin embargo, para el bebé, la comprensión de su madre puede ejercer una influencia de por vida, por ser su primera experiencia de una relación humana.

Es frecuente oír a las personas mayores hablar de sus madres, no como un recuerdo remoto, sino como si aún mantuvieran con ellas una suerte de diálogo. «A mi madre no le habría gustado esto», dicen; o «Mamá me enseñó a pensar siempre en los demás». Así pues, la relación de una madre con su hijo parece sobrevivirla.

Si estudiamos cómo da comienzo ese entendimiento, quizá sea más fácil valorar lo mucho que hacen las madres. Por ejemplo, ¿cómo empiezan las madres? ¿Comienzan todas de la misma manera? ¿Hay varios caminos igual de válidos? ¿Y qué ocurre cuando se arrepienten de sus decisiones? ¿Puede una madre introducir cambios si su relación no empezó con buen pie y ha comprendido entre tanto que podría mejorar?

¿En qué momento comienza la comprensión, o la relación, de una madre con cada uno de sus hijos? Antes daba por sentado que la relación comenzaba en el alumbramiento, cuando la madre ve por primera vez al recién nacido. Luego, sin embargo, asistí a una charla dada por dos madres en Auckland, Nueva Zelanda. Sus primogénitos habían muerto antes de o durante

el parto. Así pues, ambas habían vuelto solas del hospital, sin sus bebés. «¿Sigo siendo madre?» era el título de su ponencia conjunta.<sup>3</sup>

Después de escucharlas, comprendí que la respuesta tenía que ser: «Sí, claro que seguís siendo madres». La relación madre e hijo no puede dar comienzo en el parto. Se inicia con la concepción. Desde el principio, la madre abre involuntariamente un pequeño hueco en su vientre para acomodar a su hijo. Poco a poco va abriendo también el espacio afectivo correspondiente. Este principio parece darse en el caso de muchas madres, sin que nadie se lo enseñe.

Una madre gestante quizá crea no haber hecho *ningún* hueco afectivo. Ello se pone de manifiesto con toda claridad, sin embargo, si el embarazo es en vano. Si el bebé no sobrevive, como les sucedió a las dos madres que acabo de mencionar, o si es dado en adopción poco después del parto, las madres afirman sentirse desoladas. «Mi vida no volverá a ser la misma —dijo una madre que se vio obligada a entregar a su bebé en adopción en el momento de alumbrarlo—. Los efectos psicológicos de algo así no pueden explicarse. No bastan las palabras. Nada basta.»<sup>4</sup>

Otra madre recordaba:

Cuando estaba embarazada de seis semanas, fui a hacerme una ecografía y no vieron ni rastro del feto. Me dijeron que probablemente había perdido a la niña, pero que volviera en dos semanas y verían qué había pasado. Fue un momento terrible para mí. Volví a las dos semanas; el ecografista era distinto, y allí estaba A, perfectamente normal. Sólo *entonces* me permití sentir lo duro que había sido. El ecografista debió de preguntarse qué nos pasaba. Yo no entendía qué pasaba. Sencillamente, me derrumbé. Me di cuenta de lo mucho que significaba para mí el bebé. (A, 8 meses.)

Alice Meynell, la escritora y sufragista inglesa, tardó diez años en escribir un poema de dos estrofas acerca de su primer bebé, que murió al nacer. Después tuvo ocho hijos más. Su poema acababa:

Pero hace diez años, ay, en vano,  
en vano, una madre nació.<sup>5</sup>

La sencillez de sus palabras y su cadencia emotiva transmiten el dolor que siente una mujer cuando su desarrollo maternal se ve interrumpido de repente. (El poema se cita por entero en las páginas 367-8, junto con una nota adicional.)

La maternidad puede parecer agradable, pero para ninguna lo es por completo. Puede incluir momentos de gran alegría, y también momentos trágicos, angustiosos o aterradores. Puede ser duro soportar todos esos instantes, pero son inseparables de ser madre.

Empezamos a cambiar desde el momento de la concepción. Este cambio es privativo de las madres. Los padres no cambian del mismo modo. Hoy día, muchos hombres dicen estar dispuestos a convertirse en padres activos. Ellos también están cambiando. Pero en su caso no hay ningún fenómeno físico que les recuerde constantemente el embarazo, como ocurre con las madres.

Puede vincularse a padres y madres empleando el término «progenitores». Pero los dos papeles divergen desde el principio. No es el padre quien de pronto tiembla de cansancio, o tiene un hambre feroz, o siente náuseas nada más tomarse un café. No es él quien se queda sin respiración al final del embarazo, o se pasa toda la noche en vela por el ardor de estómago después de haber comido una cena deliciosa, o quien necesita vaciar la vejiga cada hora. El término intercambiable «progenitor» es inadecuado.

cuado para transmitir la experiencia de las madres. Como los emigrantes, las madres embarazadas de poco tiempo han dejado ya un país conocido y han emprendido la travesía hacia un lugar nuevo.

Cuando estaba embarazada, solía decir: «Ya es hora de echarnos la siesta». Mi pareja me miraba extrañada. Decía: «¿Con quién vas a dormir? Yo me refería al bebé y a mí.» (A, 10 meses.)

Un anfitrión que se prepare para la estancia prolongada de un invitado se hará una idea más precisa de los preparativos de una futura madre. El poeta Samuel Taylor Coleridge ejerció un papel semejante. En mayo de 1800 escribió una carta ofreciendo hospitalidad a un amigo, William Godwin, que se había casado con la brillante pionera del feminismo Mary Wollstonecraft. Ella había muerto repentinamente en 1797, tras dar a luz a su hija, también llamada Mary.<sup>6</sup> De modo que Godwin era un viudo que tenía a su cuidado dos niñas pequeñas: Fanny, la hija mayor de su difunta esposa, habida de la unión con otro hombre, y la pequeña Mary.

Coleridge estaba, evidentemente, preocupado por su amigo. Quería acoger a Godwin y a las dos pequeñas, a pesar de que no había decidido aún en qué casa estaría: «Pero siga yo aquí [en Nether Stowey] o migre allá [a una casa en Keswick], estaré en un paraje precioso y habrá sitio en casa», escribía. Cabe imaginar a Coleridge deteniéndose para mojar su pluma en el tintero mientras pensaba qué diría a continuación. Puede que pensara que decir que había sitio en casa sonaba un poco práctico e impersonal, de modo que añadió: «[...] y en el corazón, así que has de venir a escribir aquí tu próxima obra».<sup>7</sup> Suena especialmente entrañable porque escribió *house-room* [sitio en casa] con guión, pero *heartroom* [sitio en el corazón] en una sola palabra.